

Elena de LORENZO ÁLVAREZ (coord.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Gijón, Ediciones Trea, 2017, 528 págs.

Pocas veces podemos catalogar una novedad bibliográfica bajo el aparatoso marbete de «consulta indispensable», sin caer en exageraciones adulatorias. Sin embargo, en el caso que nos ocupa tal calificativo parece más que apropiado. *Ser autor en la España del siglo XVIII*, coordinado por la directora del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, es, en pocas palabras, un monográfico que adquirirá una relevancia bien merecida dentro de los estudios del dieciochismo español. A lo largo de sus dieciocho capítulos, se analizan las estrategias que dieciocho autores del siglo XVIII adoptaron para llevar a cabo la construcción de su imagen autorial. Desde Gabriel Álvarez de Toledo hasta Manuel José Quintana, nos encontramos ante un catálogo diverso, en el que tienen cabida aproximaciones a todos los géneros literarios de la época (ensayo, narrativa, poesía y teatro), en todos sus periodos estilísticos (desde el Barroco tardío hasta el Neoclasicismo y su transición al siglo XIX), con una breve mirada hacia los virreinos (con el capítulo dedicado a Pedro de Peralta Barnuevo) y la literatura femenina (hablando de conciencia de autoría era indispensable la inclusión de María Rosa de Gálvez), y con atención a la principal circunstancia artística y estilística del periodo: la literatura culta y erudita, en consonancia o contraste con la producción popular, que no «vulgar». Supone, además, una verdadera puesta al día de la bibliografía de cada autor trabajado, cuando no una verdadera revisión o reorganización de sus biografías en clave literaria.

Aunque cada autor queda en manos de un especialista (muchos de ellos del propio Instituto Feijoo, otros miembros del proyecto de investigación *Sujeto e instituciones literarias en la Edad Moderna*, dirigido por Pedro Ruiz Pérez desde la Universidad de Córdoba) y pese a la heterogeneidad de los autores trabajados, nos encontramos ante un volumen homogéneo, y no una mera compilación de monografías conectadas por un tenue hilo común.



Ya desde la introducción, Elena de Lorenzo Álvarez, coordinadora del libro, delinea las líneas fundamentales del estudio del autor, que reivindica como elemento indispensable en el esquema literario; para ello, por un lado, recompone un estado de la cuestión sucinto, pero a la vez completo, en el que los trabajos de Barthes, Foucault, Burke e Irwin, entre otros, conforman la noción del autor como figura pública, cuya construcción está supeditada a los sistemas culturales de su época, que condicionan la producción y recepción de textos y, por ende, el establecimiento de redes de escritura, edición, mecenazgo y lectura; por otro lado, se agradece el repaso de los trabajos previos que se han aplicado al estudio de República de las Letras hispanas del siglo XVIII, que sirven para situar convenientemente el presente libro como su continuación. En este marco, delinea los posibles abordajes desde los que afrontar la construcción de la imagen autorial, que según cada autor van quedando contrastados en cada capítulo.

Así, Ana Isabel Martín Puya (Universidad de Córdoba) repasa la trayectoria de Gabriel Álvarez de Toledo siguiendo un criterio cronológico, estructurado sobre la biografía del autor, para concluir con unas breves notas sobre su estilo. Tania Padilla Aguilera (Universidad de Córdoba) también analiza cronológicamente la trayectoria literaria de José Antonio Porcel y Salablanca, pero en dos esferas: la profesional, vinculada al ámbito eclesiástico, y la personal, de ocio, al ámbito académico. Philip Deacon (Universidad de Sheffield) trata la figura de Nicolás Fernández de Moratín en su faceta clasicista, a la que supedita su producción literaria: parte de una breve semblanza biográfica a la que sigue un repaso por su obra literaria, encuadrada en su trayectoria profesional. Elena de Lorenzo repasa la carrera literaria de Jovellanos, interrelacionando continuamente sus textos literarios y académicos con sus circunstancias profesionales y estableciendo cómo y hasta qué grado ambas facetas se deslindan y retroalimentan, por ejemplo, a través de diversas estrategias de firma. Miguel Á. Perdomo Batista (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria) analiza cronológicamente las trayectorias profesionales y literarias de los Iriarte, para a continuación agruparlas en epígrafes temáticos: su ascenso político, el contexto cortesano y las polémicas literarias. Fernando Durán López (Universidad de Cádiz) clasifica la trayectoria de José de Vargas Ponce atendiendo a los diferentes estadios de progreso en su carrera profesional, paralelos a las diferentes estrategias de autorrepresentación que adopta en sus escritos. María Jesús García Garrosa (Universidad de Valladolid) parte de la semblanza biográfica de María Rosa de Gálvez para desterrar de su carrera los tópicos de la literatura femenina del momento, y evidencia su esfuerzo por profesionalizar su labor teatral y poética. Rosa María Aradra Sánchez (UNED) parte de la contextualización histórica de la obra de Manuel José Quintana para rastrear

la imagen política y estética que él mismo construye de sí mismo a través de textos en primera persona.

Por otra parte, otros investigadores estructuran sus estudios siguiendo criterios temáticos o conceptuales sobre los que agrupan y analizan aspectos vitales y literarios de los autores escogidos. Virginia Gil Amate (Instituto Feijoo) sitúa la obra de Pedro de Peralta Barnuevo en los ambientes eruditos de Lima, y lo reivindica como un ilustrado, estableciendo además las redes literarias del autor y sus coetáneos españoles. Inmaculada Urzainqui (Instituto Feijoo) esboza las estrategias de autorrepresentación autorial de Feijoo, en dos aspectos: sus actitudes explícitas ante la escritura y sus elecciones estilísticas y expresivas. Joaquín Álvarez Barrientos (CSIC) estudia las propias ideas de Martín Sarmiento sobre la profesionalización de la escritura: para ello, analiza la construcción de su imagen póstuma y las actitudes del autor hacia la escritura y su posterior divulgación. Francisco Javier Álvarez Amo (Universidad de Córdoba) inserta la producción poética de Eugenio Gerardo Lobo en un proceso de creación de nuevos canales de sociabilización que implican el acercamiento del autor hacia su público. Ignacio García Aguilar (Universidad de Córdoba) establece líneas de construcción de la imagen autorial de Diego de Torres Villarroel, como escritor en estrecha relación con la finalidad lucrativa de la literatura, en canales editoriales o de mecenazgo. José Checa Beltrán (CSIC) se centra en la obra filológica y como polemista de Ignacio de Luzán pero interpretándola en función de su voluntad de inserción en las redes institucionales. Alberto Romero Ferrer (Universidad de Cádiz) hace dialogar los textos teóricos de Ramón de la Cruz, para establecer cómo se relaciona el autor con el canon literario de la época, entre el éxito popular y la recepción académica. Miguel Ángel Lama (Universidad de Extremadura) firma un erudito ensayo en el que aborda la preocupación de José Cadalso acerca de su fama póstuma como autor, en conflicto con su profesión militar y con la censura. Rodrigo Olay Valdés (Instituto Feijoo) estudia la construcción de la imagen pública y profesional de Meléndez Valdés, y cómo la composición y publicación de su poesía jalona una cuidada carrera literaria, construida en torno a los círculos de prestigio literario y político. Y Jesús Pérez-Magallón (McGill University) se centra en cómo Leandro Fernández de Moratín da forma a la imagen de «los Moratines», al rescatar la obra de su padre, y en sus estrategias editoriales.

Funciona a modo de apropiada coda al monográfico el capítulo de Pedro Ruiz Pérez (Universidad de Córdoba), un sugerente ensayo en torno al concepto de la fama, como un constructo elaborado en vida y tras la muerte del autor, fruto de la profesionalización de la escritura y de la perdurabilidad de la obra como preceptiva y clásico. Es este un proceso puramente dieciochesco,

resultado de la transición desde la idea del Parnaso literario hasta la conformación de la República de las Letras. En cierto modo, sirve como recapitulación temática e, incluso, metodológica ya no solo de los capítulos precedentes sino de todo el volumen, conceptualizando sus objetivos generales bajo una premisa: la escritura como profesión, concepto estandarizado mediante la labor literaria de los autores aquí recogidos, es precisamente el sostén para la consiguiente fama póstuma que es la que ha perpetuado su memoria, lo que precisamente ha propiciado su inclusión en el volumen.

Así, la introducción y este capítulo final vienen a compendiar la metodología y los conceptos desgranados a lo largo de dieciocho estudios de caso y, aunque la pluralidad de *Ser autor en la España del siglo XVIII* es su mayor virtud, como conveniente reflejo de la diversidad del periodo escogido, el volumen queda conformado como un compacto crisol de perspectivas para un siglo XVIII especialmente complejo, valorado de nuevo como prolegómeno a la modernidad europea, tanto en lo referente a las estéticas literarias que en él se desarrollan, como, y ante todo, a las opciones de construcción de la imagen pública y privada del autor, que denotan un trascendental cambio de concepción del hecho literario y sus agentes. No puede el volumen abarcar todos los autores del siglo XVIII, pero sí está llamado a convertirse en centro de atención no solo para futuros estudios sobre los autores seleccionados, sino también como modelo de aplicación de los métodos de análisis empleados dentro del campo de estudio del autor a otros muchos escritores más o menos conocidos: otros tantos hombres y mujeres de letras que también aportaron sus textos a la República literaria. De ahí, pues, nuestra calificación para este monográfico: un trabajo, sin duda, de consulta indispensable.

ALBERTO ESCALANTE VARONA